

Descenso a los infiernos

El empresario Milan Platovsky estuvo a las puertas de la muerte en el campo de exterminio de Birkenau a fines de septiembre del año 44. Si logró eludir las cámaras de gas fue por su juventud, por su resistencia al trabajo y porque se necesitaban albañiles en una cantera vecina de trabajos forzados. Así cuenta el empresario su experiencia en Birkenau en su libro *Sobre vivir*, que saldrá a la venta en los próximos días.



AAE-6371



Milan Platovsky -socio de Mellafe y Salas y Premio Icare 1995 al empresario del año- comenzó a vivir la peor etapa de la guerra el día en que lo trasladaron desde el ghetto judío de Terezín, en Checoslovaquia, al campo de concentración de Auschwitz-Birkenau en Polonia.

Por entonces, ya había perdido en el Holocausto a su único hermano, Jirka, pocos años mayor que él, y a su madre. Acumulaba, además, una experiencia de 18 meses de trabajo forzado en la residencia campestre, cercana a Praga, de una viuda prominente del régimen nazi y había permanecido medio año recluido en Terezín.

Milan Platovsky tenía 22 años cuando realizó el viaje que narra el fragmento publicado aquí, extraído de sus memorias, *Sobre vivir*. Los personajes que aparecen en este episodio, Prusa y Baldik, son dos jóvenes checos que compartieron con el autor todas las experiencias de la guerra y que, tal como él, también lograron sobrevivir. Ambos viven en Praga en la actualidad.

Sobre vivir es un libro publicado por Editorial Andrés Bello y será presentado en Santiago el próximo lunes 3 de noviembre.

Todavía a veces escucho el bullicio del terminal ferroviario de Terezin en la mañana del 28 de septiembre de 1944. Era el sonido combinado de los lamentos de una multitud doliente, con las enérgicas voces de mando de uniformados iracundos. Parecía además que todos los perros del área se habían puesto a ladrar al mismo tiempo, asustados por el ruido y los movimientos de una multitud desconcertada. Para una estación de esas dimensiones, el movimiento era excesivo. Hacia donde uno mirara veía ajeteo, aglomeración y miedo. Por encima del caos sobresalían las instrucciones de los altoparlantes, el griterío caótico de gente que trataba de darse a entender de un lado a otro, las histéricas órdenes de los guardias, el taconazo típico de pelotones armados y una inaudita violencia verbal por parte no sólo de los SS sino también de los agentes de la organización judía encargada del transporte.

En ese caos, Prusa, Baldik y yo no éramos más que tres hormigas insignificantes dentro de un hormiguero enorme y aterrado. Todo el mundo llevaba su equipaje, y las maletas y bultos no hacían más que aumentar la congestión. La noche anterior los tres habíamos tenido la precaución de meter en nuestras mochilas algunas papas y pedazos de pan para lo que inicialmente habíamos creído un viaje incierto pero tranquilo.

Creo que esa mañana, definitivamente, comenzamos a respirar un aire distinto. El aire feroz y encarnizado de la maquinaria del odio. Al llegar al andén, después de muchos pisotones, golpes y codazos, percibimos un clima que no conocíamos hasta entonces. De experiencias así, de una manera u otra, habíamos estado a salvo. Meses atrás, cuando arribamos al castillo de la viuda Heydrich, los SS nos habían tratado con rudeza, pero una vez comprobado que en cada pesebrera cabíamos dos y que nuestro trabajo satisfacía a la viuda, las rugientes voces de mando poco a poco se habían ido encuadrando en una relación dura, aunque quizás no mucho peor que la de un cuartel draconiano y severo.

El tren de los condenados

En la estación, en cambio, nos manejaron en forma desquiciada y humillante. Numerosos SS, armados con fusiles y metralletas -bajo los ojos nerviosos y sobresaltados de los miembros de la organización judía

que, con brazaletes en las mangas, intermediaban órdenes destempladas- gritaban, insultaban y empujaban a hombres, mujeres y niños para que se alinearan a lo largo del andén. El llanto de los niños y el lamento de las mujeres eran constantes.

Tanto desmán nos hizo temer lo peor. El tren apostado en la línea era de carga, de vagones cerrados, lo que indicaba que íbamos a viajar como animales.

Cuando se abrieron las puertas de los carros, en medio de gritos y empujones, comenzaron a meternos dentro con las maletas, mochilas y paquetes que cada cual llevaba consigo. A pesar de lo apretados que ya estábamos en un momento, la gente seguía y seguía subiendo a fuerza de culatazos y golpes. En cosa de minutos el vagón se convirtió en una sola masa humana, compacta y aprisionada. Cuando por fin cerraron las puertas, casi no había aire en el interior. La pequeña rendija ubicada sobre la puerta era insuficiente como ventilación.

Tan pronto el tren empezó a moverse, cosa que demoró bastante, los más jóvenes empezamos a mover los bultos y maletas a un rincón. Corrimos el equipaje sobre todo con los pies. Lo apilamos, logrando liberar espacio donde muchos pudieron sentarse.

En otro rincón había dos grandes baldes, uno vacío y otro con agua.

Cuando el tren tomó cierta velocidad, la paranoia descendió un poco. Era inútil seguir clamando compasión si nadie podía escuchar y nadie podía ayudar.

Empecé a entender que había un mundo mucho peor que el que conocía hasta entonces; que la invasión alemana y la guerra no detenía todavía su escalada de agravios y crueldades, y que el tobogán por el cual nos estaban arrojando no terminaba ahí. Varias veces nos había sucedido lo mismo. Ahora estábamos en ésta. En sólo una hora de tren había visto tanto dolor, humillación e impotencia como en todas las experiencias acumuladas hasta entonces, a partir del 15 de marzo de 1939. ¿Cómo iba a saber que todavía quedaba más? ¿Cómo iba a imaginarme que en este viaje estábamos cruzando un umbral de crueldad y violencia moral después del cual todo -absolutamente todo- era posible?

Los que iban pegados a la puerta, si es que se empinaban un poco, podían mirar por la rendija a través de la cual entraba algo de luz y aire, y podían informar al resto de las estaciones que dejábamos



Jirka y Milan Platovsky. El hermano mayor tenía 24 años de edad el 28 de octubre de 1942, cuando murió camino al ghetto polaco de Minsk, según quedó establecido en el momento que Yeltsin abrió en 1991 los archivos soviéticos de guerra.



La familia Platowsky poco antes del estallido de la guerra, en las termas eslovacas de Pistany. Ruzena Stein y Leopold Platowsky, los padres; Milan y Jirka, los hijos.

atrás. Así supimos que íbamos hacia la frontera polaca. Pero cuando el convoy finalmente se detuvo, supimos también que el tren no había parado en el andén de una estación, sino en una vía muerta para dar paso, por lo visto, a convoyes con carga más importante que nosotros.

La detención generó nueva histeria y descontrol. Y algunos disparos afuera. No sé si mataron o hirieron a alguien en otros carros. Lo que sí sé es que pasó mucho rato, horas tal vez, hasta que nuevamente la locomotora comenzó a caminar.

Pronto entendimos la función de los baldes apostados en uno de los rincones del carro.

Aparecieron primero los deseos de orinar y defecar. Para eso estaba el balde vacío. Con el propósito de hacer menos indigna la situación, alguien sacó una manta y los hombres empezaron a cubrir a los hombres y las mujeres a las mujeres. Pero eso no valió de mucho. No pasó mucho tiempo antes que el orín, los excrementos, la fetidez -una persistente, ahogada y asquerosa fetidez- se unieran al miedo y la incomodidad. En cosa de horas perdimos elementales nociones de intimidad, descendiendo varios peldaños en la escala de la dignidad. A esas alturas varios se estaban comportando como animales.

Algunos comenzaron a desplomarse. Al comienzo las víctimas eran atendidas por los más jóvenes, pero al cabo de unas horas los desmayos quedaron en el área de la indiferencia. Incluso algunos caídos fueron aplastados por otros. Empezábamos a participar en una batalla -física y anímica- que era individual y aquellos que no la resistieran simplemente iban a sucumbir. La situación debe haber sido mucho peor en otros carros. En el nuestro, después de todo, no eran muchos los ancianos ni los niños.

Así siguió la mañana, después el mediodía y luego la tarde. Poco a poco comenzó a generalizarse la desesperación por el agua. La reserva prevista en el otro balde se había agotado. Algo de agua, incluso, se perdió en los forcejeos por beberla.

El tren avanzaba un rato y se detenía luego un rato mucho más largo. Entonces se reanudaban los gritos de misericordia, de socorro y de... agua. Porque ya al atardecer las súplicas por agua se hicieron desesperadas.

Comenzó la sed. Todos habíamos llevado algo de comida, pero a nadie se le había ocurrido abaste-

cerse de líquidos. Una vez que las últimas gotas del balde desaparecieron entre ansiedades y disputas, empezó la sensación más intolerable, más desesperante que puede sufrir el ser humano, que es la sed. Es mucho peor que el hambre. Nada la hace olvidar. Nada la puede paliar. La necesidad del agua es agobiadora, urgente, enloquecedora. Cada vez con mayor delirio, creo que todos estábamos dispuestos a todo con tal de beber algo.

Pronto la oscuridad cubrió al vagón. Todo era miedo y sed, hedor y sed, cansancio y sed, lágrimas y sed.

Entrada la noche el caos fue total. Pocos podían sostenerse de pie. Muchos ya no iban a los baldes. Para no perder el sitio que cada cual había conquistado, para asegurar sus miserables centímetros cuadrados, la gente se bajaba los pantalones, se levantaba las polleras, y orinaba o defecaba en el mismo sitio donde estaba.

Al amanecer aún continuaba el viaje. Largas detenciones seguían a los tramos en los cuales el tren se desplazaba a toda velocidad. Pasaba el tiempo, pero no pasaba la sed. La sed no dejaba pensar, no dejaba hablar, no dejaba dormir e impedía cualquier atisbo de distracción mental. La sed sólo autorizaba a tener más sed.

Cuando el tren ya llevaba día y medio de marcha, todo había perdido su significado inicial. La humanidad literalmente nos había abandonado. Todo estaba trastocado, nada estaba en su sitio, excepto el balde lleno de caca, imposible de verter al exterior, que en su rincón parecía reinar sobre todo el carro.

De alguna manera, pero en todo caso lentamente, pasó la mañana del segundo día y pasó también la tarde. Llegó la segunda noche y a las 48 horas el viaje todavía continuaba. Los tres amigos aún conservábamos cierta capacidad de sobrevivencia. Aún teníamos algunas reservas, más que de fuerza, de identidad. El entrenamiento y la fruta que sacábamos de las huertas del castillo nos daban una buena preparación para resistir.

Recién a las dos de la madrugada de la tercera noche, después de más de 60 horas de viaje, el tren llegó a su estación definitiva. Era nuestro último destino: Auschwitz-Birkenau. Sin saberlo, estábamos llegando al lugar de *la solución final*.

Las usinas del exterminio

Abrieron las puertas y por primera vez en tres días entró un aire fresco que nos revitalizó.

-¡Judíos de mierda, fuera! Saujuden, raus! Schnell, schnell! ¡Judíos de mierda, muévanse!

Tratamos de tomar las maletas.

-¡Dejen las maletas en el tren, judíos de mierda, después se las pasamos! ¡Rápido, rápido, judíos de mierda!

Gritos en alemán, insultos en yidish, gritos en yidish, insultos en alemán y polaco.

-¡Agua! ¡Agua!

-¡A formar de a cinco, judíos de mierda! ¡Ya les vamos a dar agua! ¡Rápido, rápido!

A pesar del trato brutal de los SS y de sus ayudantes judíos, creo que estaba feliz de respirar aquel bendito aire fresco.

- ¡Rápido! ¡Rápido!

Quizás en ese momento aprendí que, en adelante, todas las órdenes que recibiera deberían ser ejecutadas en un tiempo inferior al que cualquier ser humano fuera capaz de cumplir. Era un resguardo. Una forma de no llamar la atención. Una manera de pasar inadvertido y de sobrevivir al terror.

Nos formaron de a cinco. *Zu finf antreten* en yidish. Fue la primera vez que oí esta expresión y no dejaría de escucharla -todos los días y a cada rato- hasta el fin de la guerra. El tren había pasado por debajo de una torre y estábamos frente a un camino de unos doce metros de ancho, bordeado por rejas de unos cinco metros de altura. Cada cincuenta metros, junto a las alambradas exteriores, se levantaban torres con potentes focos. Había un verdadero derroche de luz. Reflectores fijos y giratorios iluminaban de manera encguecedora la febril actividad del campo de concentración. Atendida la hora que era, la ebullición resultaba insólita: columnas de prisioneros aquí, allá pelotones de guardias en movimiento, ladridos de perros, acordes musicales provenientes de algún lado, voces de castigo con ecos distantes e indignados.

Comenzamos a avanzar entre gritos y golpes por el camino que orillaba la reja. Era una reja electrificada. Aun cuando nos apuraban, la caravana caminaba con lentitud. El cortejo desbordaba el camino. El tranco lento nos permitió ver, a través de la alambrada, un grupo de seres fantasmales que no supe-

mos identificar de primeras. Eran como bichos grisáceos venidos de ultratumba. Al acercarnos más, escuchamos sus voces:

-Hambre, hambre. Comer, comer.

Como nos habían sobrado papas del viaje, ya que la sed y la fetidez del vagón anulaban el apetito, les tiramos las que nos sobraban por encima de la reja.

Los fantasmas, que apenas se podían mover por la debilidad en que estaban, se las pelearon. Al acercarse un poco más al lugar donde habían caído las sobras, comprendimos que no eran fantasmas. Eran mujeres. Mujeres rapadas y esqueléticas. Mujeres famélicas, desdentadas unas, descaderadas otras, sucias y andrajosas todas. Mujeres de una delgadez que jamás había visto. Parecían calaveras decrepitas, harapientas, de edad imposible de definir. Podían tener tanto 20 años como 70.

Una de ellas asumió mayor riesgo con tal de conseguir alimento. Se acercó a unos tres metros de la alambrada a recoger un pedazo de pan y, mientras se agachaba a tomarlo, escuché tres disparos. La mujer cayó muerta de inmediato de un balazo en la cabeza. Quedé congelado. Era la primera vez que veía asesinar a mansalva.

Después, mientras avanzábamos, oí más disparos. Cada veinte o treinta metros nuestra procesión se topó con cadáveres recién acribillados.

Entramos luego a una bodega grande, vacía, inhóspita y muy iluminada. Al fondo se veía una mesa presidida por un alto oficial nazi, flanqueado por civiles y numerosos guardias SS. Nos obligaron a formarnos de a dos.

A medida que nos acercamos a la mesa se sucedieron escenas muy dramáticas. Al llegar adelante, debíamos colocarnos de a uno frente al personaje que presidía la testera y el sujeto -fastidiado y sin inmutarse mucho- señalaba con el dedo que unos debían ir a la izquierda y otros a la derecha. Cuando separaban al marido de la mujer, al niño de su madre o al padre de su familia, comenzaban los gritos y el intento por reunirse. Los SS y sus ayudantes respondían con golpes. Las víctimas quedaban sangrando. A veces era tanta la obstinación por quedar juntos que los guardias lo permitían. Pero sólo en la fila de la izquierda. Daba la idea que los obstinados irían a un pabellón familiar. Niños y



Las instalaciones del siniestro complejo Auschwitz-Birkenau están separadas por dos o tres kilómetros de distancia. Auschwitz (arriba) fue básicamente un campo de trabajos forzados. Birkenau (abajo), en cambio, fue un lugar de exterminio.

El próximo año, con motivo de la celebración de su sexto centenario, la Universidad Carlos IV, una de las más antiguas de Europa, ha invitado a ocho empresarios de origen checo de todo el mundo a intervenir en un panel sobre sus experiencias en los negocios. El único invitado de América latina es Milan Platovsky. Otro empresario connotado es Thomas Bata, radicado en Canadá.

viejos eran enviados sistemáticamente al mismo lado.

Nosotros tres pasamos uno detrás de otro y quedamos a la derecha. Fue una minoría la que quedó en nuestro grupo. No más de un diez por ciento del total. Todos éramos hombres y la gran mayoría, jóvenes, de quince a cuarenta años. A las mujeres las llevaron a otra barraca.

Nos hicieron pasar después a una bodega pequeña y nos ordenaron desvestirnos. No siendo yo circuncidado, un médico se extrañó y me preguntó si era judío. Le dije que sí. No creo que haya sido un error. Mentir en esos momentos era muy riesgoso. De todas maneras habrían sabido que mi padre y mi madre eran judíos.

Ya desnudos, nos empezaron a afeitar el cuerpo, incluyendo los vellos púbicos. Lo hicieron de manera bastante rústica y torpe. Nada de navajas. El rasuramiento se hacía con tijeras o simplemente a cuchilladas. Todos, de hecho, quedamos con heridas, lastimados y sangrando. Después pasó un tipo que llevaba un trapo mojado con desinfectante, envuelto en un palo. Lo frotaba en las heridas y quedábamos ardiendo. El trabajo, que tenía por objeto evitar los piojos, lo realizaban judíos asustadizos y me imagino- espiritualmente doblegados.

Mientras nos cortaban el pelo y nos afeitaban como podían, debíamos permanecer de pie. Simultáneamente con una especie de bolígrafo, cuya punta tenía una aguja, nos marcaron como animales en los brazos. Primero le tocó a Prusa, con el número B-11.298. Yo pasé a ser el judío de mierda número B-11.299. A Baldik le tocó el B-11.300. La letra B designaba el campo de concentración que nos correspondía, Birkenau, cuyas instalaciones correspondían a un proyecto de ampliación de Auschwitz.

Yo siempre creí que había estado en Auschwitz. Me vine a dar cuenta de mi confusión recién cuando regresé al lugar, el año 94, con motivo de la preparación de mis memorias. Lo mío fue Birkenau, que queda a unos dos o tres kilómetros de Auschwitz, pero es un campo distinto. Más improvisado, con barracas de madera solamente, sin los sólidos pabellones de ladrillo que hay en Auschwitz. Birkenau también es más aislado y diez veces más grande. En principio, Auschwitz fue un campo de reclusión y trabajos forzados; Birkenau, derechamente, un campo de exterminio.

A pesar de estar cada vez más asustados, al vernos desnudos, rapados e impresentables, nos empezamos a reír del aspecto en que habíamos quedado. Era una risa nerviosa, un poco histérica. En sí misma, la situación no tenía nada de divertido. Reconocernos en el deterioro de nuestro propio cuerpo era una experiencia demasiado dura. Y a lo mejor, como muchachos, necesitábamos el escape de las bromas para asimilar la humillación.

El paso siguiente fue ir a las duchas. Allí, lo único que hice, al igual que todos, fue poner la cabeza vuelta arriba y beber y beber agua. Todo el tiempo, sin parar, sin preocuparme de lavar mi cuerpo. Incluso, una vez que se cortó el agua, muchos fueron a los desagües y allí, tirados en el suelo, siguieron bebiendo.

A la salida, mojados porque no había con qué secarse, nos pusimos la ropa que nos repartieron: un pantalón, una camiseta, una chaqueta y un gorro. Todo de color gris con rayas blancas, incluso el gorro. Los tres alcanzamos a salvar los bototos. Los míos eran excelentes. Checos, marca Bata. Siempre he pensado que me salvaron la vida. Fue enorme la cantidad de muertos por congelamiento que vi más tarde. Muchos murieron por ir mal calzados. Lo primero que se helaba eran los pies. Cuando nos mandaron desnudarnos tuve la precaución de mirar bien dónde quedaban mis zapatos y, una vez que salí de la ducha, corrí a buscarlos. Mis amigos hicieron otro tanto. Los que perdieron sus zapatos recibían unos canallescos zuecos de madera y tela, más un trapo que hacía las veces de calcetín. Yo también lo usé con mis bototos.

Por supuesto que la ropa nos quedaba a todos grotescamente mal. También esto nos divirtió mucho, y sirvió para que pasáramos un rato haciéndonos bromas. Increíble: ni siquiera en esa circunstancia perdimos el humor. La verdad es que habíamos quedado irreconocibles. Pero, pasados esos momentos, nos intercambiamos las prendas tratando que cada uno usara la medida que más se le aproximara. De todas maneras, habíamos perdido la identidad. Sin pelos, vestidos de forma extraña, sin nombre ni apellido y hasta sin pasado, nos empezaron a llamar judío de mierda número tanto. Había quedado borrada la identidad, la biografía y la dignidad de cada cual. ■